

contaban ya bautizados mas de cuarenta mil barbaros casi semejantes á ellos, los cuales honraban generalmente el bautismo con unas virtudes de que hay pocos ejemplos aun entre los domésticos de la fé.

No trataremos de referir todas las maravillas que obró la palabra de Dios por este mismo tiempo entre los pueblos innumerables del Nuevo-Mundo; porque ¿cuánto no nos entenderíamos si hubiéramos de explicarlo todo, aun cuando no hiciésemos mas que nombrar las naciones convertidas, ó solamente evangelizadas desde el golfo de Méjico hasta las tierras á que dió nombre el célebre Magallanes, y en todo el curso del Marañon y del Orinoco, que es de mil y quinientas á mil y ochocientas

leguas: en las lagunas y en los montes intransitables de los moxos, chiquitos, baurós, y aun de los chiriguanos, que por tanto tiempo se habian mirado como incapaces de recibir el cristianismo: mas allá de Tucuman, en los arenales estériles que hay al Sudeste, desde Chile hasta cerca del país de los patagones, sin contar los guaranis, los paresias, los piñocas, los guatos, los guapsos y otros muchos antropófagos, de los cuales se formó, en el Pontificado de Inocencio XII, la incomparable cristiandad del Paraguay, que en el Pontificado siguiente ofreció ya á la Iglesia el asombroso espectáculo de una inocencia y de un fervor desconocidos despues de los tiempos apostólicos?

### LIBRO OCTOGÉSIMO-TERCERO.

**Desde el principio del Pontificado de Clemente XI en el año 1700, hasta el primer decreto de la Santa Sede contra las REFLEXIONES MORALES en el de 1708.**

Entre los Papas de que los últimos novadores han pretendido dar una idea falsa en sus libelos, importa sobre todo conocer bien á Clemente XI, el cual, dos meses despues de la muerte de Inocencio XII, subió á la Santa Sede en 30 de noviembre de 1700, ó por mejor decir, fué llevado á ella como por fuerza por el voto unánime y por la perseverancia invencible de los cincuenta y dos cardenales del conclave, muy dignos por la mayor parte de ocupar ellos mismos la Cátedra

de San Pedro. Son de una edificación tan particular las circunstancias de esta eleccion, que no tememos ser molestos en referirlas. Por otra parte, la renuncia sincera del episcopado, y con mucha mas razon la del Sumo Pontificado, es una prueba tan segura como rara de la dignidad del sugeto que la ofrece.

Al primer aviso que tuvo el cardenal Albani, ó Clemente XI, de que en menos de cuatro horas de deliberacion se habian reunido en su favor todos los votos, dió muy bien á

entender con la turbacion que se apoderó de todos sus sentidos, que su modestia no le habia permitido jamás pensar que pudiesen poner los ojos en él (1). La sorpresa no le permitió hablar por algunos momentos; pero recobrado algun tanto, dijo, lleno todo de sobresalto, que se conocia tan indigno de la Silla apostólica, que nunca permitiría que le elevasen á ella: que en el Sacro Colegio no faltaban sugetos á propósito para ocuparla incomparablemente mejor que él; y que si sus colegas querian cumplir con su obligacion en un punto tan esencial, tratarian prontamente de elegir otro Pontífice. No causó maravilla verle pensar tan humildemente de sí mismo, aunque se esperaba que se lograria reducirle, en una cosa que parecia visiblemente estar en el orden de la Providencia y de la voluntad divina. Pero sucedió todo lo contrario; porque apenas se calmó la primera sorpresa, hizo reflexiones mas profundas, y tuvo tan gran pesadumbre que le entró calentura con vómitos terribles. Le fué preciso quedarse en cama, donde pareció que no podia recibir mas consuelo que el que no querian concederle. Al contrario, toda Roma estaba en movimiento para obligarle en cierto modo á consentir: parientes, amigos, ciudadanos de todas clases, grandes y pequeños, ricos y pobres, todos acudieron, unos á las puertas del conclave, otros al pie de los altares, para pedir á Dios y á los hombres los medios de hacerle ceder. Los cardenales iban y venían á su aposento, usando de toda su destreza para vencer su resistencia; pero él hacia los mayores esfuerzos para moverlos á desistir de su empeño.

Por última tentativa emprendió el cardenal Camus convencerla en regla de que no podia resistir mas tiempo al Sacro Colegio sin resistir al mismo Dios. Armado con el Pastoral de San Gregorio fué á presentarse en el aposento de Albani; pero cansado el enfermo de

tantas visitas, cuyo objeto era contradecirle constantemente, mandó responder que necesitaba descansar un rato: con lo que no entró el nuevo solicitador. Tenia este por conclave al abate Tencin, que despues fué cardenal, jóven amable, hábil en dirigir un asunto, y muy querido de Albani. Mas perseverante que su cardenal, vuelve al aposento del enfermo, espera, observa, se aprovecha del momento favorable, se presenta y es bien recibido. A pesar de que Albani estaba muy afligido, no pudo menos de sonreirse al verle entrar armado de un grueso volumen para predicarle mejor. Parando no obstante la consideracion en que todos, mozos y viejos, trataban igualmente de reducirle, oyó sin inquietarse el pasage del Pastoral, en que se dice, que renunciando por humildad el mas distinguido honor, se dejaria de ser humilde si no se obedeciese á la voz de Dios cuando se nos manifiesta por la unanimidad de votos. Sin embargo, insistiendo todavia en su indignidad, respondió: «Eso estaria bien si tuviese yo las cualidades que se requieren.» Hizo declarar despues á los cardenales que los citaba á todos al tribunal del Juez Supremo, y que si no desistian de su pretension, responderian en aquel dia terrible de las faltas inevitables que le hiciese cometer su insuficiencia en un puesto tan elevado, y que ellos serian responsables á la Iglesia de las fatales consecuencias que se podian seguir. Aumentóse sin embargo su pesadumbre; pasó dos dias y dos noches llorando, y se vió mucho mas atormentado que antes, porque empezaba ya á recelar que su resistencia pudiese ser obstinacion. Con este recelo eligió entre los mas hábiles doctores que habia en Roma cuatro religiosos de los mas virtuosos que conocia, á saber: el P. Varessa, observante; el P. Masoulie, dominico; el P. Alfaro, jesuita, y el P. Tomasi, teatino, que despues fué cardenal. Hizo que se les propusiesen estas dos cuestiones: si podia con seguridad de conciencia aceptar el Pontificado, á pesar del

(1) Vida de Clem. XI por Mr. Lafiteau.